

CAPÍTULO CUARTO

AFGANISTÁN: HACIA EL FIN DEL CONFLICTO

Francisco José Berenguer Hernández

RESUMEN

Este trabajo no pretende ser una continuación de capítulos anteriores de la misma temática, sino centrarse en los procesos actualmente en marcha, tanto en Afganistán como en Pakistán, así como en la perspectiva regional bajo la influencia de ambos. El conflicto de Afganistán está en el comienzo del fin si no del conflicto, sí de la fase de la intervención internacional liderada por Occidente, mientras que el de Pakistán se sitúa en un nivel de peligrosidad que supera probablemente al de su desdichado vecino, y en el que las relaciones entre el Gobierno pakistaní y el de los Estados Unidos han entrado en una fase de extrema tensión.

Palabras clave:

Afganistán, Pakistán, transición, Afpak, terrorismo yihadista, perspectiva regional

ABSTRACT

This work is not intended as a continuation of earlier chapters of the same subject, but focus on the currently underway processes in both Afghanistan and Pakistan, as well as regional perspective under their influence. The conflict in Afghanistan is perhaps at the beginning of the end, unless at the end of the phase of the Western-led international intervention, while Pakistan is at a so dangerous level that likely exceeds that of its unfortunate neighbor. Moreover the relations between the Pakistani and the United States governments have entered on a phase of extreme tension.

Key words:

Afghanistan, Pakistan, transition, Afpak, jihadist terrorism, regional perspective

■ INTRODUCCIÓN

El proceso desencadenado por los atentados del 11-S en Estados Unidos, planeados y controlados desde el santuario yihadista en el que el régimen talibán había convertido a Afganistán, parece encaminarse a sus últimos capítulos. La anunciada y ya en marcha retirada paulatina de la gran mayoría de las fuerzas extranjeras del país, principalmente de las norteamericanas, que si todo sigue el plan trazado culminará en el 2014, plantea numerosas incógnitas, pero sobre todo altera sustancialmente el panorama estratégico regional. En esta situación regional tiene y tendrá un notable impacto el conflicto que, paralelamente al afgano y en numerosas ocasiones con mayor virulencia, se desarrolla en Pakistán. Este capítulo intenta dar una visión tanto del estado actual de los acontecimientos como, sobre todo, de la perspectiva que se abre en la región tras la reducción a la mínima expresión anunciada de las tropas occidentales.

Los antecedentes del conflicto en Afganistán y en Pakistán, que no afgano-pakistaní, puesto que aunque íntimamente ligados desde un principio presentan especificidades locales, de ámbito y objetivo, suficientes como para no ser considerados un único conflicto sino dos distintos con grandes interactuaciones mutuas, son bien conocidos y pueden rastrearse hasta tiempos muy remotos.

Mapa 1: Zona de mayoría pastún a ambos lados de la frontera afgano-pakistaní



Además, los más recientes sucesos referidos a Afganistán son muy conocidos y han sido tratados y analizados en numerosos documentos y publicaciones. En consecuencia, el punto de inicio de esta ponencia es el convencimiento por las autoridades de las naciones participantes en el conflicto, y muy principalmente de las estadounidenses, de la necesidad de abandonar la estrategia de presencia masiva de tropas sobre el terreno afgano, sustituyéndola por una modalidad de colaboración con el Gobierno afgano distinta que se analizará en las siguientes páginas.

Sin embargo, no sucede lo mismo con los acontecimientos acaecidos en territorio pakistaní, que al no contar con la participación directa y sobre el terreno de tropas occidentales ha sido tratado, principalmente en los medios, de un modo tangencial por lo que resultan menos conocidos. En la zona comprendida entre ambos países, que conforman el vocablo acuñado por la administración norteamericana AFPAK, se manifiesta una peculiaridad que ha tenido una gran influencia en el desarrollo de ambos países. Se trata de la creación artificial, bajo dominio británico, de una línea fronteriza que dividía los territorios pastunes entre la India británica –posteriormente Pakistán– y el nuevo Estado de Afganistán. Esta frontera, conocida como Línea Durand, es el territorio alrededor del cual se han desarrollado los principales acontecimientos de los conflictos afgano y pakistaní de los últimos años.

■ AFGANISTÁN: A AMBOS LADOS DE LA FRONTERA

Evidentemente, tras los atentados de 2011 y las consiguientes investigaciones que rápidamente identificaron a Al Qaeda como autora intelectual y material de los mismos, la polémica decisión adoptada por el presidente Bush –posteriormente, ya que en ese momento suscitó la simpatía y el apoyo de buena parte de la comunidad internacional– de declarar la guerra global al terrorismo internacional, es decir, yihadista, hizo necesaria la participación de un contingente de tropas norteamericanas que en apoyo de la Alianza del Norte consiguieron rápidamente destruir el régimen talibán y sustituirlo por un Gobierno provisional encargado de elaborar una constitución y organizar un calendario electoral.

Este proceso, puramente de naturaleza militar, requirió un número de tropas reducido. Sin embargo la situación del país, tras décadas de continua guerra tanto contra el invasor exterior como interna, exigía hacer algo más por parte de la comunidad internacional. Las carencias endémicas del país, muy significativas en materias tan esenciales como infraestructuras de comunicaciones, sanidad, educación y seguridad, se habían convertido en aún más extremas como consecuencia de los combates y los efectos devastadores de un régimen tan extremista y obtuso como el talibán. El efecto acumulativo de tantos años de inestabilidad puso ante los ojos del mundo un país devastado, empobrecido e incapaz de gobernarse a sí mismo.

Al mismo tiempo, al otro lado de la frontera se estaba desarrollando otro capítulo más del afán yihadista por gobernar bajo sus teocráticas reglas territorios y poblaciones. En este sentido el conflicto pakistaní es en gran medida de mayores dimensiones que el desarrollado en territorio afgano, tanto en lo que se refiere a las víctimas causadas como al determinante hecho de que se desarrolla en un país dotado de armamento nuclear y en conflicto con una de las mayores potencias del siglo XXI, que es la India. Pero a los conflictos internos pakistaníes hay que añadir la gran influencia que sobre el teatro afgano han tenido, tienen y tendrán los hechos acontecidos en el lado oriental de esa frontera.

La fundación en 1965 por Nur Mohammad Taraki y Hafizullah Amin del Partido Democrático Popular de Afganistán –comunista prosoviético– introdujo en la vida pública afgana tras la revolución de 1978 una doctrina eminentemente contraria a la tradición nacional, extremadamente religiosa y conservadora. De forma coherente con su ideología, una vez alcanzado el poder Taraki dictó medidas radicales referentes a la distribución de las tierras, el derecho, la condición de la mujer y, en definitiva, todos aquellos aspectos encaminados a transformar un país tan anclado en sus tradiciones en un estado moderno y socialista.

Ante la decidida oposición que encontró en amplios sectores de la sociedad, no dudó en aplicar las medidas represivas más extremas, cifrándose en más de 50.000 el número de víctimas⁽¹⁾. Este fue el inicio de la resistencia afgana, caracterizada en ese momento por su carácter anticomunista y tradicionalista, que estableció en el territorio pakistaní próximo a Afganistán los primeros campos de entrenamiento y que comenzó a reclutar compatriotas que habían huido al vecino país. Desde esos enclaves seguros, una vez entrenados y armados, se infiltraban en Afganistán para luchar contra el régimen comunista de Kabul, en un patrón de comportamiento que se ha mantenido en el tiempo hasta nuestros días, como ha demostrado la oleada de violencia desencadenada sobre objetivos de gran impacto mediático –principalmente en Kabul– del pasado verano de 2011, que ha sido desarrollada fundamentalmente por elementos insurgentes llegados desde Pakistán pocos días antes.

Evidentemente en este modo de proceder era necesaria la connivencia de las autoridades pakistaníes, que veían cumplido así un doble objetivo, ya que mientras favorecían los intereses de su aliado estadounidense en un capítulo más de la Guerra Fría, sobre todo tras la invasión soviética, conseguían al mismo tiempo influir decisivamente en la política interna afgana, objetivo que hoy siguen manteniendo al menos ciertos sectores estatales pakistaníes.

Esta política, enmarcada en gran medida por las necesidades estratégicas de Pakistán en relación con su permanente conflicto con la India, alcanzó su punto álgido con la aparición de los talibanes. Los muyahidines, auténticamente

⁽¹⁾ EWANS, M. y MARSDEN, P., *Afghanistan: History*. Londres, Europa World en línea.

afganos en su nacionalidad y en su ideario, fueron incapaces de capitalizar la retirada soviética y construir un país en paz. Todo lo contrario, apenas idos los rusos las diferencias que la presencia del común enemigo había conseguido ocultar afloraron inmediatamente, llevando al país a una guerra civil de gran complejidad que sumió a Afganistán en la anarquía. Por ese motivo la llegada de los talibanes fue, no hay que olvidarlo, bienvenida por amplios sectores de la población.

Estos estudiantes islámicos de las madrazas instaladas en territorio pakistaní próximo a la frontera eran un producto de nuevo cuño. Alimentadas por la generación de jóvenes afganos que nacieron o se instalaron en su primera niñez en los campos de refugiados afganos en Pakistán, estas madrazas ofrecían una educación centrada exclusivamente en las doctrinas islamistas, creando un contingente de afganos desconocedores de su propio país e iletrados más allá que las recitaciones memorísticas del Corán. Además, si ya tradicionalmente el concepto de nacionalidad ha sido francamente difuso en todo el cinturón pastún compartido por ambos países, en estos jóvenes estudiantes se diluía aún más, al no haber desarrollado su vida en su país de origen, por lo que su sentimiento nacionalista afgano era en esos momentos incluso más difuso de lo que es habitualmente en el país. En este colectivo vio Pakistán una excelente herramienta para continuar influyendo en su vecino, cayendo de nuevo en la tentación de apoyar a grupos radicales islámicos para servir sus intereses en materia de política exterior.

Tras su derrota militar a manos de la coalición Alianza del Norte-Estados Unidos su retirada al punto de origen era obvia. Del mismo modo, al producirse su progresiva recuperación, con las ventajas tácticas que esta actitud les depara, el tránsito de insurgentes y armas a caballo en la frontera se ha convertido en el modus operandi natural de estas milicias, vinculando así definitivamente el conflicto de Afganistán con la estabilidad a un lado y otro de la frontera con Pakistán.

■ PAKISTÁN: UN PROBLEMA DIFERENTE

La existencia de milicias islamistas en Pakistán y su estrecha relación con el Gobierno del país es muy antigua. De hecho procede del mismo origen de la nación tras la partición de la India británica. El nuevo estado movilizó a las conocidas como *lashkar*⁽²⁾ para intentar obligar al Maharaha de Jammu y Cachemira a unir su territorio a Pakistán, ocupando este territorio. Las milicias tribales fueron entonces apoyadas por el ejército regular.

Desde entonces la existencia de estas milicias ha sido una constante, tanto para dilucidar pleitos domésticos como para servir los intereses pakistaníes en el exterior.

⁽²⁾ En árabe «milicia tribal irregular».

Sin embargo la eclosión operativa en los noventa del yihadismo internacional, muy anterior en sus fundamentos ideológicos y de carácter más local en décadas anteriores, ha puesto al propio Estado pakistaní también en el punto de mira de muchas de estas milicias. De hecho en la actualidad, a pesar del protagonismo permanente del conflicto de Cachemira en la agenda política pakistaní, el Gobierno reconoce la amenaza yihadista como la mayor amenaza actual a la seguridad de Pakistán. Ciertamente, a pesar de los cambios de Gobierno acaecidos a lo largo del tiempo, la condición de aliado permanente de Estados Unidos, primero en la dinámica de la Guerra Fría y después en la de la Guerra Global contra el Terrorismo, hace que el Estado pakistaní se ajuste a los parámetros de aquellos Gobiernos de países musulmanes a los que el yihadismo califica como impíos y, en consecuencia, objetivo legítimo en su proyecto de establecimiento de un califato mundial.

Esta presión yihadista, inicialmente limitada a las Áreas Tribales Federalmente Administradas (FATA) fronterizas con Afganistán, principalmente en Waziristán, ha ido ampliando su campo de acción, expandiéndose a otras provincias y áreas, tales como Orakzai, Kurram, Bannu o Tank, y más recientemente incluso está presente en el Beluchistán. La consecuencia es el progresivo debilitamiento del poder del Gobierno en la zona, que ha convertido a Pakistán no en un Estado fallido pero sí en uno de una creciente fragilidad, con zonas en las que el control del Estado se ha debilitado hasta el punto de que los territorios del noroeste son en realidad una zona de frontera en la que la Línea Durand es poco más que un trazo teórico en los mapas. La integración de estas áreas y sus poblaciones es muy baja en la realidad nacional del conjunto de Pakistán.

En consecuencia la actuación de las milicias islamistas en Pakistán ha ido evolucionando en las últimas décadas, de modo que a la existencia de milicias toleradas e incluso apoyadas por el Gobierno se ha ido sumando un número creciente de grupos activistas y a veces terroristas, tales como los llamados talibanes pakistaníes, cuyo objetivo es derrocar al Gobierno de la nación y tomar el poder. Para ello no dudan en llevar a cabo avances como los ejecutados en el valle de Swat en el verano de 2007 por los seguidores del clérigo radical Maulana Fazlullah, provocando enfrentamientos de alta intensidad con el Ejército pakistaní, que a pesar de su superioridad material no ha podido impedir el control por las milicias islamistas de zonas cada vez más amplias.

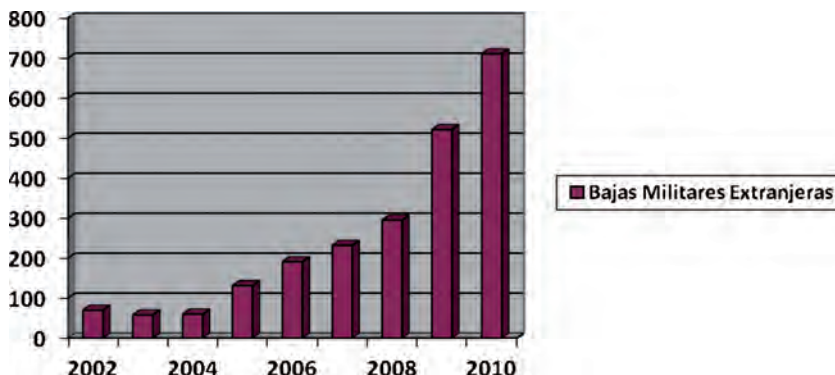
Por tanto, mientras que la tensión en la frontera india y en Cachemira ha ido disminuyendo relativamente –como atestigua el proceso de paz abierto con la India en 2006, a pesar de la suspensión temporal tras los atentados de Lashkar-e Tayiba (LeT) en Bombay– permitiendo el traslado de unos 100.000 efectivos desde la frontera indopakistaní a la afganopakistaní, paralelamente ha aumentado en el noroeste como consecuencia tanto del conflicto en Afganistán como de la propia dinámica insurgente dirigida contra el Estado de Pakistán.

■ SITUACIÓN ACTUAL EN AFGANISTÁN

■ Cómo se ha llegado hasta aquí

Como resulta inevitable en un conflicto lejano y prolongado, no resulta fácil para el conjunto de las poblaciones atisbar las razones de la permanencia de las tropas en tan demandante teatro, con la notable excepción de la opinión pública norteamericana, desgraciadamente bien consciente de los motivos que llevaron a la intervención de sus Fuerzas Armadas. Lo cierto es que a partir de un cierto momento el cansancio de los ciudadanos de buena parte de las naciones con contingentes desplegados en Afganistán ha sido evidente. En esta percepción ha sido de gran peso el paulatino pero constante incremento de las bajas experimentadas por las fuerzas tanto de *Libertad Duradera* como de ISAF, que se puede apreciar en el gráfico siguiente:

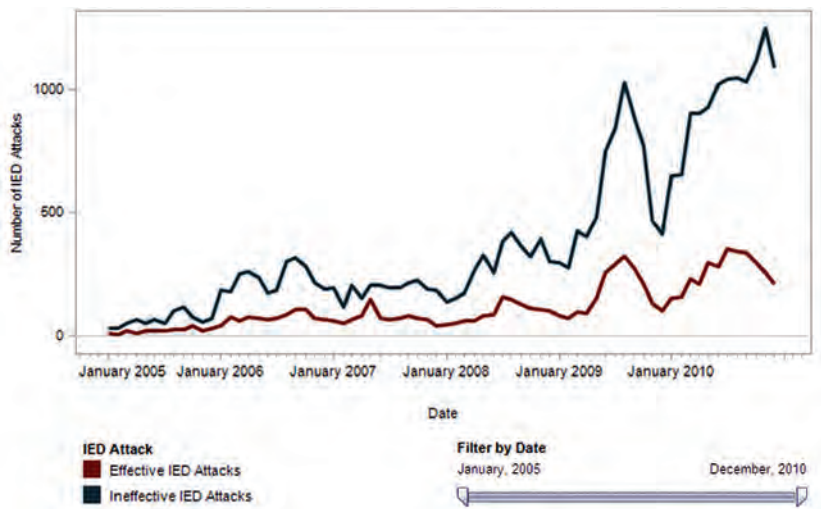
Gráfico 1



A esta visión ha contribuido también una característica inherente al periodismo, que es el superior valor informativo de noticias impactantes referentes a combates, bajas y daños colaterales en comparación con informaciones referentes a los importantes logros alcanzados en el país desde el comienzo de la intervención internacional. Esta realidad ha ocasionado que la opinión pública de los principales países intervinientes tenga una consciencia de la situación peor que lo que la realidad refleja sobre el terreno, circunstancia que han podido comprobar los participantes en la misión al volver a casa.

Pero no es menos cierto que la evolución de la situación de seguridad, sobre todo desde 2006, no ha sido positiva. A pesar de conseguirse la razonable pacificación de buena parte del territorio afgano, los ataques a las tropas, tanto afganas como internacionales, han experimentado un constante aumento, como demuestra el siguiente gráfico referente al uso de dispositivos explosivos improvisados (IED) causantes en buena medida de las bajas antes mostradas.

Gráfico 2: Estadística de los ataques con IED llevados a cabo por la insurgencia⁽³⁾



Del mismo modo, los gastos ocasionados por la campaña se incrementaban mes tras mes sin que los resultados obtenidos fueran en su conjunto justificación suficiente para tal dispendio. En este aspecto ha sido muy significativo el impacto causado por el informe *The costs of war*⁽⁴⁾, que refleja con bastante crudeza los costes causados por la intervención norteamericana en Irak y Afganistán.

Estos costes no se refieren exclusivamente al apartado meramente financiero, de enorme cuantía por otra parte, sino que incluyen aspectos tan sensibles como las bajas sufridas, que en Afganistán se contabilizaban en:

- Fuerzas de seguridad afganas: 8.756.
- Civiles afganos: 11.700.
- Insurgentes: 10.000.
- Periodistas: 18.
- Trabajadores humanitarios: 172⁽⁵⁾.

Además de las bajas militares de las fuerzas internacionales expresadas en el gráfico anterior, hay que sumar las decenas de miles de heridos, cientos de miles de desplazados y los ingentes costes sociales sobre todo para los afganos, pero también para las sociedades de los países intervinientes.

Resultaba por consiguiente claro, en una situación de crisis económica y hastío generalizado, que era necesario un cambio de actitud y, en definitiva,

⁽³⁾ Fuente: Human Security Report Project. <http://www.conflictmonitors.org/countries/afghanistan/facts-and-figures/violent-incidents/ied-attacks>.

⁽⁴⁾ Eisenhower Study Group, junio de 2011.

⁽⁵⁾ Eisenhower Study Group, *The costs of war*, junio de 2011.

de estrategia que permitiera superar el estancamiento producido, a pesar de los importantes éxitos conseguidos en otros aspectos del apoyo prestado al Gobierno afgano en su esfuerzo por mejorar la gobernanza del país y las condiciones de vida de sus ciudadanos.

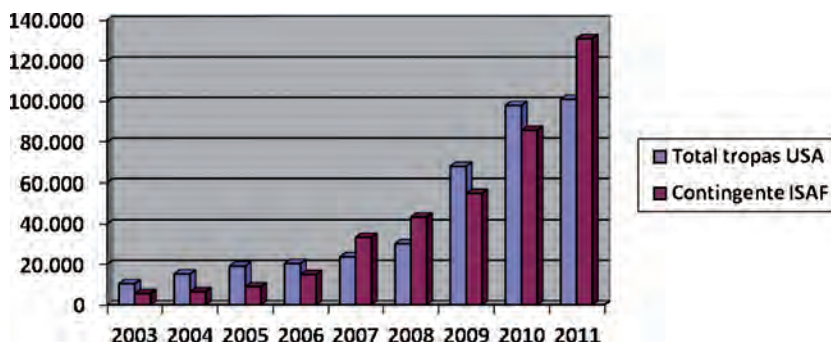
■ Cambio de rumbo

La Administración norteamericana planeó a lo largo de 2009 una nueva forma de afrontar el conflicto, buscando conseguir al mismo tiempo los mayores avances posibles contra la insurgencia y establecer un calendario de salida del teatro afgano, tal y como hiciera con anterioridad en lo que respecta a Irak. La nueva estrategia, actualmente en pleno vigor y desarrollo, se apoya en tres iniciativas sinérgicas, junto con iniciativas de menor calado encaminadas a reforzar el efecto de las anteriores.

- *La oleada*

Aunque coincidentes en el tiempo y desarrolladas en paralelo, a efectos de sistematización la considerada primera iniciativa ha consistido en un fuerte incremento de los efectivos norteamericanos en Afganistán. También el resto de los aliados fueron urgidos a hacer, a menor escala, otro tanto. La fuerte reducción de los efectivos americanos desplegados en Irak permitió a la Administración Obama redespargar más de 33.000 efectivos, que se unieron a los ya establecidos en el país. Los aliados aportaron no menos de 10.000 soldados adicionales, alcanzando así el mayor número de tropas internacionales desplegadas en Afganistán en 2010 primero y principios de 2011 después. De este modo el número de tropas aliadas presentes en el teatro alcanzó aproximadamente el doble del número de las presentes al iniciarse el mandato del presidente Obama.

Gráfico 3: Evolución del número de tropas extranjeras en Afganistán⁽⁶⁾



⁽⁶⁾ Gráfico de producción propia a partir de datos proporcionados por el Departamento de Defensa de Estados Unidos.

El objeto de este importante refuerzo, conocido como *surge*⁽⁷⁾, ha sido aumentar la capacidad para llevar a cabo operaciones de gran estilo contra los principales feudos talibanes, en un intento de golpear duro sobre sus combatientes, medios de combate, líderes operativos y moral, contando con unas fuerzas capaces de no solo ejecutar las operaciones planeadas, sino posteriormente mantener una alta presión sobre la insurgencia de la zona, maximizando así los efectos beneficiosos del impulso inicial.

Los escenarios de esta oleada han sido sobre todo los principales bastiones insurgentes del sur y sureste del país, en pleno cinturón pastún. De todas las operaciones han destacado las conocidas como *Moshtarak* y *Hamkan*. La primera de ellas ha sido la mayor operación militar desarrollada tras la derrota de los talibanes a finales de 2001 y algunos de sus datos permiten apreciar la magnitud del empeño.

Iniciada el 13 de febrero de 2010, tuvo como objetivo principal las localidades de Marjah, Lashkar Gah, Nad Ali y Shoval, corazón de la zona productora de opio del sur del país. Con más de 15.000 soldados involucrados participaron en ella cinco brigadas del ANA, una brigada de marines estadounidenses y una brigada ligera británica, con abundante apoyo aéreo, tripulado y no tripulado, y la intervención de diferentes fuerzas especiales dedicadas a abatir a los principales líderes talibanes en la zona. A diferencia de otras operaciones anteriores, meras incursiones de entrada y salida, en la actualidad se mantiene el control y la presión sobre el área, que ha sido así arrebatada a la insurgencia que tenía en ella uno de sus principales focos de arraigo y financiación.

Lo cierto es que esta operación, solo la primera de una larga serie de las realizadas para debilitar decisivamente la presencia talibán en el problemático sur del país, junto con las sucesivas de la citada oleada, ha debilitado a la insurgencia de un modo notable, de tal modo que se aprecian signos de cansancio y desmoralización que presagian la posibilidad de una salida negociada al conflicto.

- *La afganización*

La segunda iniciativa, en modo alguno una novedad, ya que se forman unidades tanto del ANA como de la ANP desde el principio de la presencia internacional en Afganistán, es la intensificación de estos procesos de formación. En estos momentos, iniciada ya la reducción de fuerzas norteamericanas en el teatro, el principal esfuerzo aliado se centra en la conocida como NTM-A⁽⁸⁾ (Misión OTAN de Entrenamiento en Afganistán). Esta *afganización* del conflicto ha supuesto sucesivos aumentos de las cifras planeadas de efectivos de las

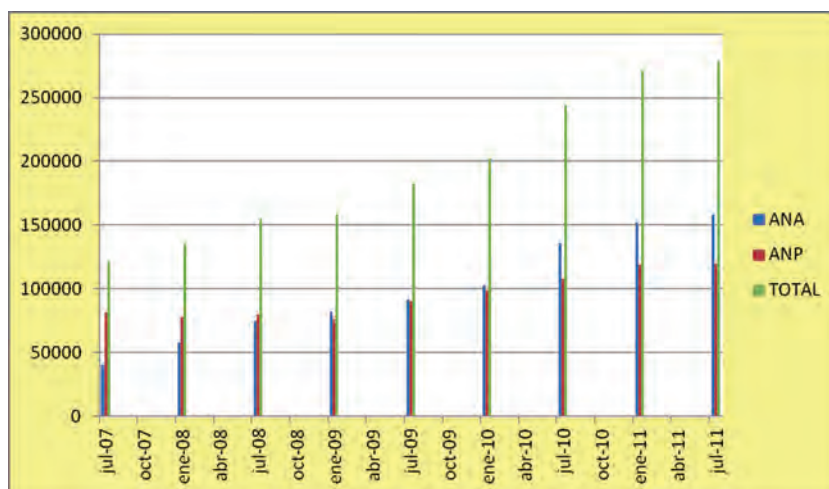
⁽⁷⁾ Oleada, marejada.

⁽⁸⁾ NATO Training Mission in Afghanistan.

ANSF⁽⁹⁾ (fuerzas de seguridad afganas) con el objetivo final de la asunción de la completa responsabilidad de la seguridad en el país a finales de 2014, fecha anunciada por el presidente Obama como la de la finalización de la reducción de tropas norteamericanas en el teatro. Fecha y responsabilidad que, tras numerosas reticencias, ha sido aceptada por el presidente Karzai.

El crecimiento de los efectivos de las ANSF afganas se puede apreciar en el siguiente gráfico⁽¹⁰⁾.

Gráfico 4



En él resulta evidente el rápido crecimiento de los efectivos producto del esfuerzo del programa NTM-A; concretamente, del ANA se espera que alcance los 171.600 efectivos a finales de 2011⁽¹¹⁾. Sin embargo, la realidad de las ANSF no es tan halagüeña como parece.

Y es que el nivel de pérdidas de las ANSF es muy elevado. Tanto que en estos momentos compromete la consecución de los objetivos de fuerza previstos. Evidentemente, ante el creciente protagonismo de sus tropas en los enfrentamientos con la insurgencia, que en la citada operación *Moshtarak* alcanzó el 60% de los efectivos implicados, la no siempre óptima preparación y la inadecuación de parte de su equipamiento ha hecho que las cifras de heridos y caídos en combate sea considerable, situándose en más de 25.000 las bajas hasta el mes de junio de 2011⁽¹²⁾. Desgraciadamente en esta elevada cifra destaca la tasa de pérdidas muy superior de la ANP respecto al ANA, tendencia que continúa como puede observarse en el siguiente gráfico.

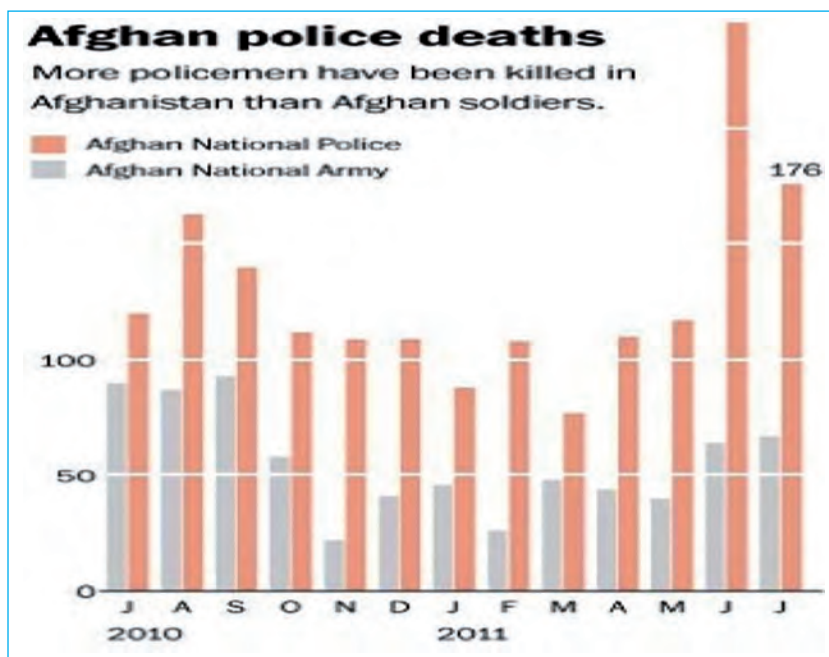
⁽⁹⁾ *Afghan National Security Forces*, compuestas por el ANA y la ANP.

⁽¹⁰⁾ Datos del Departamento de Defensa de Estados Unidos.

⁽¹¹⁾ Datos del Departamento de Defensa de Estados Unidos.

⁽¹²⁾ *Eisenhower Study Group, The Costs of War*, junio de 2011.

Gráfico 5: Comparación de caídos sufridos por ANA y ANP en los últimos meses⁽¹³⁾



Pero un problema mucho mayor desde el punto de vista cuantitativo es el elevado número de desertiones que experimenta el ANA. Desde ese punto de vista la tendencia mostrada en el segundo semestre de 2010, en el que hubo meses con casi 5.000 desertores, se ha incrementado incluso en los seis primeros meses de 2011, en los que casi el 15% de los efectivos del ANA ha desertado.

Además, se encuentran amplias zonas en el país donde la pobreza es muy marcada y por tanto son en teoría excelentes áreas de reclutamiento, en las que el número de jóvenes que ingresan en las ANSF es muy bajo, debido sobre todo a la fuerte presencia talibán en la zona y el consiguiente temor a represalias contra ellos mismos o sus familias.

Debido a que las causas principales de las desertiones se considera que se sitúan en la falta de liderazgo y la corrupción de los cuadros de mando, la falta de responsabilidad del desertor –por deseo expreso del presidente Karzai– y causas endémicas de una sociedad marcadamente rural y pobremente mecanizada. La preocupación por la incidencia de estos datos en la capacidad del Gobierno afgano para hacerse plenamente con la responsabilidad de la seguridad es grande.

⁽¹³⁾ *The Washington Post*, 31 de agosto de 2011. http://www.washingtonpost.com/world/middle-east/afghan-police-casualties-soar/2011/08/22/gIQAHxN7qJ_story.html.

- *La pakistanización*

La tercera iniciativa se originó en el convencimiento creciente de que gran parte de la solución del conflicto se encontraba en Pakistán, existiendo una vinculación necesaria entre los acontecimientos acaecidos a un lado u otro de la Línea Durand.

Para lograr una evolución de la situación en Pakistán favorable a los intereses tanto afganos como de la comunidad internacional en Afganistán, Estados Unidos comenzó una campaña de intensificación de sus esfuerzos en Pakistán. Las dos líneas principales de actuación han sido el incremento de las actividades diplomáticas y, sobre todo, el incremento sustancial del apoyo financiero al Gobierno pakistaní en materia de seguridad, por un lado, y el desarrollo de una intensa campaña de acoso y neutralización de los líderes y activistas talibanes y sus aliados mediante el uso de aviones no tripulados (*drones*).

Este traslado de buena parte del esfuerzo al otro lado de la frontera ha devengado importantes dividendos, pero también ha colocado a Estados Unidos y Pakistán en una situación de desencuentro que será comentada más adelante.

■ El presente afgano

Hablar de presente afgano en una publicación de estas características constituye en gran medida un ejercicio de optimismo cuando no de temeridad, ya que el flujo de acontecimientos y noticias en aquel teatro es constante en el momento de escribir estas líneas. Sin embargo sí es posible distinguir algunos elementos clave sobre los que orquestar un cuadro forzosamente general que permita entrever la situación del país en estos momentos.

- *La transición*

Conocida en lengua local como *inteqal*, se trata de la herramienta principal que puede hacer posible conjugar los intereses del Gobierno afgano y de las naciones extranjeras intervinientes en el conflicto. Diseñado en paralelo con la NTM-A, con la que se complementa hasta constituir las dos caras de una misma moneda, el proceso de traslado progresivo y por fases de las responsabilidades de seguridad de las tropas internacionales a las ANSF se encuentra en pleno desarrollo, de un modo que aparentemente no tiene marcha atrás.

De un modo similar a como antaño se produjo el trasvase de responsabilidades entre las fuerzas de *Libertad Duradera* e ISAF, inteligentemente se ha diseñado un plan progresivo ligado tanto a la disponibilidad de fuerzas afganas preparadas y equipadas como a la actividad insurgente de las distintas zonas. Así han sido transferidas inicialmente aquellas áreas de menor actividad, contribuyendo

este concepto tanto a evaluar las capacidades de las ANSF para asumir por sí mismas sus responsabilidades como a incrementar su autoconfianza y experiencia, para ir transfiriendo progresivamente zonas más conflictivas hasta alcanzar a finales de 2014 la responsabilidad sobre la totalidad del territorio.

El proceso de transferencia está controlado por la *Joint Afghan-NATO Inteqal Board* (JANIB), cuya tarea inicial fue el diseño del plan de transición para una vez en marcha controlarlo y asesorar sobre las medidas correctoras a aplicar al plan inicial. Estas medidas, bien a través de una interrupción de las transferencias o incluso del retorno de determinadas zonas a la responsabilidad internacional, no son en absoluto deseables, pero pueden llegar a ser necesarias en función de la evolución de la situación en las diferentes zonas del país.

Hay que tener en cuenta que al día mueren en Afganistán cerca de diez policías de la ANP de media, lo que demuestra que constituyen objetivos relativamente asequibles, frecuentemente mal equipados y entrenados para un escenario de actuación tan demandante como es la situación de la seguridad en numerosos puntos del país. En consecuencia la deserción es alarmantemente alta, en lo que no es más que el lógico reflejo del acelerado proceso de expansión experimentado por la Policía en los últimos años. Exiguos periodos de entrenamiento de seis semanas no son suficientes para garantizar la mejor preparación a los nuevos policías.

Además, se están produciendo disfunciones en el proceso ante la evidencia de episodios de brutalidad policial y corrupción en la ANP, lo que ha llevado a las autoridades norteamericanas a paralizar temporalmente la entrega de prisioneros a la Policía en tanto en cuanto no se obtienen garantías de que estas prácticas desaparecen.

Pero si algo tiene claro en estos momentos la Administración norteamericana es la necesidad de abaratar el coste del entrenamiento y equipación de las ANSF, demasiado elevado para las debilitadas arcas de los Estados Unidos. Para conseguir este objetivo, que probablemente sitúe la cuantía de este apartado presupuestario en 2012 en poco más de la mitad del actual, se están llevando a cabo dos iniciativas que permitan en su momento una disminución del contingente permanente de las ANSF. La primera de ellas consiste en lo que los militares han bautizado como la *iron mountain*⁽¹⁴⁾, que consiste en la entrega a las ANSF, entre octubre de 2011 y marzo de 2012, de 22.000 vehículos, 44 aviones y helicópteros, 40.000 armas y miles de equipos electrónicos y de comunicaciones⁽¹⁵⁾. Con esta enorme cantidad de material moderno y en perfecto estado se pretende asegurar la operatividad y eficacia de las fuerzas afganas, apuntalando el éxito de la transición y liberando a las fuerzas internacionales de sus tareas de seguridad y constituyendo a medio plazo un ahorro en los costes

⁽¹⁴⁾ Traducible por «montón de hierro».

⁽¹⁵⁾ PARTLOW, Joshua, *The Washington Post*, 23 de agosto de 2011.

del conflicto, entendiendo el precio del conflicto en su concepción global y no puramente financiera. A pesar del salto cuantitativo y cualitativo que estos equipos van a suponer para las fuerzas afganas, el ministro de Defensa Abdul Rahim Wardak ha manifestado su decepción por la no inclusión de cazas y carros de combate en el masivo envío, alegando su necesidad para garantizar la futura defensa de Afganistán en su entorno regional. Sin embargo, el presidente Karzai se ha mostrado en desacuerdo con su ministro, adoptando un punto de vista más pragmático al reconocer la imposibilidad de mantener sistemas tan complejos por sí mismos. Pero en cualquier caso no cabe duda que esta reequipación pone en manos del Gobierno afgano las ANSF más poderosas de las que nunca ha habido en el país desde su independencia.

Contribuye también al fortalecimiento de las ANSF la operación de mejora de su imagen ante la población afgana que está actualmente en marcha por medio de la radiodifusión. Unas cien emisoras emiten actualmente, muchas de ellas desde dentro de instalaciones militares de las fuerzas norteamericanas, programas musicales elaborados por locutores y pinchadiscos locales que, manteniéndose en el anonimato y ocultos por seudónimos, insertan cuñas de noticias en las que se transmiten los mensajes elaborados con el citado fin de elevar la fama de las fuerzas afganas entre su propia población, buscando así aumentar su popularidad y la colaboración ciudadana en lo que es un aspecto más, pero muy potente, de la nueva estrategia norteamericana en Afganistán.

La segunda y mucho más controvertida política es la puesta en marcha de un programa para crear milicias locales que puedan asumir el papel de las ANSF o reforzarlas en localizaciones y situaciones específicas. Sin duda con el modelo de Irak en mente, donde estas milicias fueron en su conjunto positivas para la evolución de la seguridad, su variante afgana presenta en cambio tantas desventajas posibles que su creación no deja de ser un envite de riesgo.

A favor de las milicias está su presencia histórica en las zonas rurales del país, por lo que enlaza con costumbres locales ancestrales, cosa muy a tener en cuenta en una sociedad tan conservadora. En su contra está el evidente riesgo de que consigan desplazar, principalmente, a la ANP de muchas zonas en el campo, sustituyéndola de un modo arbitrario. Contribuirían de este indeseado modo a incrementar la inestabilidad y a la creación de focos locales de poder que pudieran hacer retornar ciertas zonas del país a la época de los señores de la guerra. Es por esta última posibilidad por la que el presidente Karzai se resistió a la creación de estas milicias hasta fecha muy reciente.

En el momento de escribir estas palabras 6.000 milicianos –mucho más baratos que su equivalente en las ANSF– están ya «en filas» de un contingente que se espera que alcance los 30.000 a comienzos de 2012, con un impacto muy dispar por el momento, dado que hay zonas en las que el interés por la formación

de las milicias ha sido nulo, mientras que en otras, sobre todo Kunduz, han proliferado las milicias legales y las ilegales que ya están enfrentándose entre sí por el control de enclaves determinados. Quizás sea esta la medida más discutible del proceso de transición y la que más ajustes haya de sufrir durante los próximos meses.

Lógicamente, el incremento en el número de tropas de las ANSF y el aumento de su equipamiento militar están ya permitiendo la reducción de las tropas internacionales. Esta se ha iniciado ya, si bien aún de forma muy limitada en los meses restantes de 2011, para incrementarse notablemente en 2012. De este modo, ha sido anunciado recientemente por la ministra de Defensa de nuestro país el comienzo del plan de repliegue de las fuerzas españolas a partir de enero del próximo año, mientras que los Estados Unidos esperan haber reducido en 33.000 hombres su presencia en el teatro en el verano de 2012.

En el caso norteamericano concurre además un factor emocional ligado a la muerte en Pakistán de Bin Laden, ya que al cansancio generalizado entre la población estadounidense se une la percepción probablemente errónea de haber finalizado con éxito la misión. La capacidad simbólica de Bin Laden, tanto para sus simpatizantes como para sus enemigos, ha sido innegable, por lo que su desaparición incrementa en el norteamericano medio la sensación de haber finalizado un ciclo. Y este sentimiento popular no puede ser dejado de lado en período prácticamente preelectoral para la reelección del presidente Obama.

Pero aunque los planes para la transición siguen su curso no dejan de encontrar obstáculos de gran envergadura. De hecho el pasado mes de agosto de 2011 ha sido el mes con más bajas para las fuerzas estadounidenses, con un total de 66 caídos, en un incremento similar proporcionalmente a las bajas sufridas por las ANSF, mientras que las cifras de ataques mediante IED alcanzaban igualmente su más alta cota en todo el conflicto.

Y aún más nociva para el proceso de transición es la postura adoptada por parte de la insurgencia, que está respondiendo a las transferencias de autoridad a las fuerzas afganas en los distintos territorios con el incremento de los ataques en dichos territorios. Además, están seleccionando cuidadosamente esos objetivos de modo que se traten de ataques con un considerable impacto mediático, pues su finalidad es en gran medida evidenciar ante la opinión pública internacional la presunta incapacidad de las ANSF para hacerse con la responsabilidad en el área de la seguridad. En este aspecto, los espectaculares ataques realizados el pasado verano en Kabul son los más significativos.

Han pretendido evidenciar con ellos que incluso los objetivos teóricamente más protegidos, tales como la embajada de los Estados Unidos o el Cuartel General de la OTAN en la capital, no son eficazmente defendidos por las fuerzas

afganas. También sin duda buscan golpear con fuerza ante las perspectivas de negociación que se abren en estos momentos, buscando aparentar una fortaleza «militar» superior a la real.

Sin embargo, la autoría de la red Haqqani en los citados ataques de Kabul⁽¹⁶⁾, que han llevado a las autoridades norteamericanas a incluir a la citada organización en su listado de organizaciones terroristas, abre un panorama incierto de posibilidades ante la motivación de estos ataques. La conocida vinculación pakistaní de este grupo hace dudar sobre la autenticidad de los deseos de algunos elementos estatales pakistaníes acerca de la feliz resolución del conflicto afgano y la llegada de la paz a este castigado país.

- *La insurgencia*

En contra de la imagen formada en el imaginario popular occidental, los talibanes se encuentran en este momento seriamente afectados por las ofensivas militares ya comentadas realizadas contra algunos de sus principales feudos a lo largo de 2010 y 2011. Y se encuentran disminuidos no solo en el aspecto material sino también en el moral, como demuestran numerosos indicios a lo largo del país.

En palabras del general John Allen:

Many of these fighters who have been on the battlefield (...) have felt they have been abandoned by their intermediate taliban leadership⁽¹⁷⁾.

Se considera pues que la moral del combatiente de más bajo nivel se encuentra muy dañada, por lo que deben hacerse esfuerzos encaminados tanto a reforzar esta percepción como a sacar provecho de la situación, de tal modo que identifiquen inequívocamente al bando insurgente como el «bando perdedor» puesto que nadie se incorpora a este voluntariamente⁽¹⁸⁾.

Aunque lentos, los avances realizados por las fuerzas internacionales se están dejando sentir, así como el conocimiento de primera mano que la población, sobre todo la étnicamente diferenciada de los pastún –principales aunque no únicos componentes de las milicias talibanas–, tiene de las atrocidades cometidas por ellos contra la población civil. Efectivamente, no puede dejar de tener efecto el hecho de que entre el 85% y el 90% de las bajas entre la población han sido causadas por la insurgencia⁽¹⁹⁾, a pesar de la inteligente utilización que de los daños colaterales causados por las fuerzas internacionales ha hecho tradicionalmente la insurgencia.

⁽¹⁶⁾ BENNETT, John T., *The Hill*, 21 de septiembre de 2011.

⁽¹⁷⁾ MICHAELS, Jim, *USA Today*, 1 de septiembre de 2011.

⁽¹⁸⁾ General MATTIS, John, *USA Today*, 31 de agosto de 2011.

⁽¹⁹⁾ Departamento de Defensa de Estados Unidos.

Un detalle, quizás todavía aislado pero digno de mención, es el suceso acaecido el pasado mes de agosto en el distrito de Nawa, provincia de Helmand, zona de gran influencia insurgente. Allí un grupo de habitantes de una aldea mataron a pedradas a un líder talibán y a sus guardaespaldas tras el asesinato de un vecino del pueblo acusado de ayudar al Gobierno⁽²⁰⁾. Esta venganza ejecutada en el acto y sobre el terreno demuestra tanto el cansancio de la población por la arbitrariedad de los insurgentes como su pérdida de influencia en amplias zonas del país, incluso en aquellas en las que su dominio ha sido hasta fecha reciente poco contestado.

En consecuencia se están desarrollando políticas que refuercen esta corriente y que disminuyan la capacidad de la insurgencia. Una de las formas más obvias, pero también más difíciles, de menoscabar el poder talibán es reintegrar al mayor número posible de insurgentes en la vida civil. En este campo hay un amplio espacio de acción, ya que un número muy significativo de los insurgentes actuales lo son de un modo ocupacional ante las escasas perspectivas laborales y económicas en la vida normal y el comparativamente alto salario que reciben de los líderes talibanes por sus servicios.

Con este importante fin se han puesto en marcha programas de integración que proporcionan formación en oficios, dan trabajo al acabar el período formativo y, factor clave en el éxito de los programas, proporcionan seguridad a los individuos una vez en el ejercicio de esos oficios recién adquiridos. Por esta vía ya han sido «desmovilizados» 2.400 insurgentes hasta septiembre de 2011, mientras que 3.000 más están a la espera de integrarse en los programas en sucesivas rondas.

En definitiva, se puede concluir que la insurgencia se encuentra en horas relativamente bajas, pero no debe darse por vencida en ningún caso. No cabe duda de que es difícil evaluar el número de combatientes aún bajo las órdenes de la cúpula talibán. Las voces más optimistas hablan incluso de unos pocos miles en total, pero la ofensiva talibán de primavera en la zona de Kandahar demuestra que su capacidad actual no permite aseverar que el mulá Omar se ha quedado sin fuerzas de consideración.

Muy al contrario, hay que tener en cuenta factores que aún permanecen en el platillo de la balanza insurgente. En este aspecto resulta frustrante conocer que a través de comisiones, una suerte de «impuesto revolucionario» sobre los contratos de construcción, etc., se estima que al menos 360 millones de dólares han ido directamente de manos norteamericanas a la insurgencia⁽²¹⁾, a lo que hay que sumar la cantidad no precisada correspondiente a los contratos celebrados por el resto de las naciones en su aportación al desarrollo del país.

⁽²⁰⁾ RIVERA, Ray, *The New York Times*, 22 de agosto de 2011.

⁽²¹⁾ LADNER, Richard y RIECHMANN, Deb, *Associated Press*, 17 de agosto de 2011.

Más importante que esta fuente impropia de financiación es que el cansancio de las naciones intervinientes es muy evidente. Sobre todo de los Estados Unidos, pero también de otros contribuyentes muy importantes como el Reino Unido o Francia. El escenario económico en las economías occidentales y el hastío de tan larga campaña hacen que los líderes talibanes sean muy conscientes de esta circunstancia y consideren, probablemente con razón, que el paso del tiempo está a su favor.

La conciencia de este hecho hace que sus esfuerzos propagandísticos estén cambiando de objetivo principal, virando de las fuerzas internacionales como objetivo principal a las ANSF, al ver en ellas su enemigo de más peso en los próximos años. Por lo tanto la propaganda talibán ha recrudecido sus ataques verbales e ideológicos contra las fuerzas y el Gobierno afgano. Puede decirse en cierto modo que se trata de la versión talibán de la tan referida *afganización* del conflicto.

Esta propaganda califica, dentro de la más antigua tradición yihadista, al Gobierno, el ANA y la ANP como impíos y traidores a la fe musulmana, aunque unos y otros practican la misma variedad del islamismo, si bien mantienen interpretaciones diferentes en algunos aspectos clave en su aplicación.

Pero esta ofensiva ideológica no se ha quedado sin respuesta. En una manifestación de flexibilidad y conciencia de la importancia de este elemento en sus posibilidades de victoria en el seno de una sociedad tan conservadora, en el plazo de un año el ANA ha reclutado decenas de *hafiz*⁽²²⁾ y clérigos, haciendo ostentación de los rezos de unidades completas a la vista de la población.

Esta batalla por la legitimación como auténticos intérpretes del verdadero islamismo es para la insurgencia capital, por lo que en ella, junto a las acciones de alta visibilidad en oposición al proceso de transición, concentrarán sus esfuerzos muy probablemente en los próximos meses.

- *El proceso de reconciliación nacional*

A pesar del protagonismo que la invasión soviética tiene en la conciencia de la población occidental como origen de los males afganos, hay que recordar que se trata de un conflicto entre afganos que, de forma ininterrumpida, en diferentes fases y con la intervención de fuerzas extranjeras de distinto signo, se mantiene hasta la actualidad.

Su finalización exige en consecuencia la reconciliación entre los afganos como condición necesaria para alcanzar la paz. Además, y hablando ya exclusivamente de la última fase del conflicto en la que aún estamos inmersos, la vía militar se ha mostrado insuficiente para que uno de los bandos en liza se alce con la victoria, por lo que la solución del conflicto pasa inevitablemente por la negociación política.

⁽²²⁾ Persona que memoriza y recita el Corán.

Esta solución negociada, que ya se había ido explorando anteriormente de un modo más discreto y tímido bajo el auspicio de Arabia Saudí, ha ocupado desde el pasado 2010 el protagonismo. Consecuentemente ha demandado un nuevo cambio en la estrategia norteamericana, que se ha centrado de nuevo en la acción contraterrorista, intentando detener o neutralizar a los elementos remanentes de Al Qaeda y a los más extremistas de los talibanes, contrarios a entrar en el juego político del nuevo Afganistán que en estos momentos se está pergeñando.

Por su parte, las acciones insurgentes en contra del proceso de transición descrito parecen intentar dinamitar la vía paralela de la transferencia de autoridad y la negociación, pero lo cierto es que en Afganistán nada es sencillo y los mecanismos racionales corresponden a lógicas distintas a las imperantes en Occidente. De este modo, al aparente rechazo a la negociación y la reconciliación hay que oponer una serie de gestos y mensajes que pueden indicar lo contrario.

El punto de partida tradicional talibán ha sido el rechazo a entrar en conversaciones con el Gobierno afgano en tanto en cuanto hubiera tropas extranjeras establecidas en el país. Sin embargo, las recientes declaraciones de líderes talibanes sobre su disposición a negociar tanto con la OTAN como con el Gobierno afgano⁽²³⁾ parecen indicar que esta decisión está cambiando. Incluso las acciones en contra del proceso de transición podrían responder a la vieja táctica de mostrar fortaleza militar a la hora de sentarse a la mesa de negociaciones y ser, de hecho, un claro indicio de que el Consejo Talibán está decidido también a buscar una salida política.

Este dato reafirmaría la idea anteriormente expuesta del daño causado al movimiento por la ofensiva contrainsurgente de los años 2010 y 2011. Incluso voces tan autorizadas como la del embajador estadounidense en Kabul ahondan en este aspecto, «*the taliban needs to feel more pain*»⁽²⁴⁾ fueron sus palabras, en el sentido de que solamente un estado de debilidad militar y desventaja motivan realmente al liderazgo talibán a seguir el camino de la negociación.

Evidentemente se trata de unas negociaciones de extrema complejidad. De hechos, una de las mayores dificultades consiste en determinar quién tiene la autoridad para hablar en nombre del líder mulá Mohammed Omar, ya que numerosos intentos de negociación iniciados han demostrado derivar rápidamente hacia una vía muerta ante la falta de representatividad de los negociadores de la insurgencia. No obstante, un paso importante ha sido el reciente reconocimiento por Omar del establecimiento de contactos, cosa que hasta ahora no había hecho. Desde luego el reconocimiento por ambos bandos de la imposibilidad de la victoria militar y la necesidad de un acuerdo político es quizás solo el primer paso, pero probablemente el más importante.

⁽²³⁾ RUBIN, Alissa J., *The New York Times*. 03/08/2011.

⁽²⁴⁾ TROFIMOV, Yaroslav y ABI-HABIB, Maria, *The Wall Street Journal*, 9 de septiembre de 2011.

Aunque el proceso se encuentra teóricamente encabezado por el Consejo Superior para la Paz, creado por el Gobierno afgano para tal fin, lo cierto es que el propio presidente Karzai teme que la posibilidad de conversaciones bilaterales entre los Estados Unidos y el Consejo Talibán, que puede incluir elementos tan sensibles como el intercambio de prisioneros, minimicen el papel de su Gobierno y provoquen la pérdida del control del proceso por su parte en beneficio de otros elementos políticos en el futuro inmediato afgano.

Desde luego el asesinato del expresidente Burhanuddin Rabbani, cabeza del Consejo Superior para la Paz, el 20 de septiembre pasado, aunque quizás de naturaleza más simbólica que operativa, demuestra las enormes dificultades del proceso de paz. Tayiko de gran prestigio en el panorama nacional, su muerte, unida a las de otros personajes de gran relevancia como el propio hermano del presidente Karzai, han sumido a este en la desesperanza. Pero aunque sus declaraciones acerca de la ruptura de las negociaciones sean dignas de ser tenidas en cuenta, lo cierto es que no parece haber otra vía para la finalización del conflicto en un plazo razonable del mismo.

Lo único que parece claro es la existencia de elementos contrarios a la negociación, por lo que el asesinato de Rabbani puede deberse tanto a la presencia de una facción disidente talibán que no la acepta como a la intervención de elementos pakistaníes que intentan evitar la pacificación de Afganistán y su inevitable alianza estratégica con la India o incluso motivos más personales como la eliminación de un líder político prestigioso con capacidad para influir en el Afganistán de posconflicto. Pero lo que menos sentido parece tener es la declaración de Karzai en el canal Tolo TV afgano acerca de la autoría del Consejo Talibán del asesinato de Rabbani, ya que esto significaría el retorno talibán a la opción militar como única vía para dirimir el conflicto.

En cualquier caso, parece claro que la negociación, con fases más activas que otras, va a continuar. Puede tener un hito muy significativo en la nueva Conferencia de Bonn prevista para diciembre de 2011. Para ello sería necesaria la presencia de una delegación talibán convenientemente autorizada por el Consejo de Quetta, pero aunque se han realizado esfuerzos para que esto sea posible, la postura del presidente Karzai hace en estos momentos más difícil su presencia que hace unas semanas.

- *La sostenibilidad del Estado afgano*

En consecuencia con todo lo dicho hasta ahora, es necesario pensar en las posibilidades reales, a pesar de las dificultades descritas y otras que puedan aún surgir en el camino, de un Afganistán pacificado y razonablemente estable. Lo que lleva inevitablemente a analizar la sostenibilidad de un Estado afgano de posconflicto.

En el caso de que la *inteqal* progrese adecuadamente, se espera que a finales de 2014 solo permanezca en el país un núcleo reducido de tropas extranjeras bajo una fórmula aún por definir a la espera de la marcha de los acontecimientos, ya que los Gobiernos afgano y estadounidense están negociando un *strategic partnership* para definir los términos de la presencia de Estados Unidos en el país más allá de 2014. Presencia que se extenderá muy probablemente a tropas de otras naciones de la OTAN, pero que será sin duda muy inferior en número a los grandes contingentes presentes todavía en suelo afgano. Esta drástica reducción de tropas, muy deseable desde cualquier punto de vista, y signo inequívoco de un avance importante hacia la estabilidad y la paz, sin embargo es todo un reto para la deprimida economía afgana.

Se estima actualmente que hasta el 97% de la economía afgana está ligada de un modo u otro a la presencia de las tropas y donaciones extranjeras, por lo que el plazo hasta finales de 2014 se antoja muy corto para conseguir diversificar la economía y hacerla avanzar en otros sectores huérfanos. Aunque la ayuda internacional a Afganistán tendrá que prolongarse durante décadas, se teme con no poca lógica que la marcha de las tropas cause un empeoramiento significativo cuando no la ruina del país⁽²⁵⁾.

Una perspectiva más regional permite en contraposición esperar un incremento del interés, ya palpable, de potencias próximas en los asuntos económicos y en los recursos naturales afganos. El anuncio de la alianza estratégica entre la India y Afganistán firmada el 4 de octubre de 2011 demuestra el interés indio por un aliado natural, al mismo tiempo que el posicionamiento que esta potencia emergente, con un peso indudable en el panorama estratégico regional, se apresura a tomar en Afganistán.

Este previsible incremento de la presencia india junto al innegable interés chino, principalmente orientado hacia los potenciales recursos naturales a descubrir y explotar en suelo afgano, es quizás la mayor esperanza de un reequilibrio aceptable de la economía afgana tras la inevitable retracción occidental en años venideros y permite disminuir el miedo al futuro.

En este apartado económico, pero con gran incidencia en los aspectos sociales e incluso directamente en el ámbito de la seguridad, hay que tener en cuenta un elemento que es la disputa por la tierra, que puede ser más intensa en algunas zonas que las provocadas por la insurgencia, sobre todo si se consigue ir retornando poco a poco a los cultivos tradicionales. La anarquía, la guerra y la corrupción han alterado los límites de las tierras y la gente, muchas veces con componentes de naturaleza étnica y de clan específicos de cada localización, está dispuesta a luchar por la tierra mientras que no lo haría por otros motivos. Por tanto es una de las labores más importantes

⁽²⁵⁾ MAGNIER, Mark, *Los Angeles Times*, 19 de agosto de 2011.

y difíciles también del Gobierno ir desenredando la madeja tejida en este ámbito por tantos años de descontrol, sin que se ocasionen episodios violentos de consideración.

Este asunto de las tierras conduce a hablar del cultivo de la amapola, con su inevitable doble vertiente de motor de la economía por un lado y combustible financiero de la violencia por otro. Por fin se ha tomado en serio este importante asunto, hasta tal punto que se espera que el número de hectáreas cultivadas en la provincia de Helmand disminuya en un 50% aproximadamente. Sin embargo esta reducción en esta provincia y Kandahar –la otra gran zona productora– no va a corresponderse con una disminución similar en la producción de opio. Simplemente se ha aumentado la superficie dedicada a la amapola en otras provincias, de tal modo que la producción total será solo ligeramente inferior a la de años anteriores.

Esta flexibilidad de los mecanismos de producción, su importancia en la economía local y el tránsito a la producción cada vez mayor de heroína ya refinada, indica claramente que este problema va a ser de largo recorrido, extendiendo su acción mucho más allá de la línea temporal que supone 2014. Incluso existe el riesgo de que, una vez retiradas las tropas internacionales de la mayoría del país, este se pueda convertir en un narcoestado. Evitar este futuro es uno de los grandes retos del Gobierno y las ANSF.

Al miedo al futuro económico afgano se suma el temor, muy extendido en estos momentos de inicio del repliegue internacional, a que la guerra civil vuelva a prender tras la marcha de los ejércitos extranjeros. De hecho se ha detectado una cierta tendencia a la fuga de cerebros y capitales afganos desde que se hizo pública la fecha de final de 2014 como el fin de la presente etapa en la historia de Afganistán. El recuerdo de lo sucedido tras la retirada rusa condiciona esta percepción, pero no se trata de un riesgo despreciable, ya que muchos de los problemas de base que tiene Afganistán desde hace ya décadas subsisten y no se han producido avances significativos hacia las posibles soluciones. Sin duda el temor de la comunidad internacional a esta reedición de la guerra intestina está detrás de la decisión, aún por matizar, de sustituir la inicialmente anunciada retirada por una reducción de las tropas, prolongando su presencia más allá de 2014.

En la tarea de evitar la repetición de errores pasados y la reaparición de poderes militares locales autónomos, la existencia de unas ANFS suficientes, eficaces y plegadas al poder político del Gobierno de Kabul se postula una vez más como decisiva en los próximos años. Incluso la ejecución de obras públicas e infraestructuras, tan necesarias para el desarrollo del país, va a depender en buena medida de la capacidad de las ANFS. Los trabajadores ocupados en estas labores han sido tradicionalmente objetivo de la insurgencia, por lo que han

sufrido bajas muy numerosas, y nada hace pensar que esta situación debería cambiar necesariamente en un futuro próximo, motivo por el cual el presidente Karzai ha ordenado el pasado verano a sus ANFS que incrementen la seguridad de los trabajadores de infraestructuras críticas.

La percepción por la población de la legitimidad de esas fuerzas será un elemento clave, más allá que sus capacidades puramente militares. De ahí la importancia de la citada batalla que actualmente libran por su imagen como auténticos creyentes y defensores del verdadero islamismo. Pero deben superar también, sobre todo la ANP, su imagen de permeabilidad a la corrupción, acusación que comparte con la clase política afgana.

La radical disminución de estas perniciosas prácticas también jugará un papel preponderante en la viabilidad del que se puede en gran medida calificar a partir de 2014 como nuevo Estado. En este sentido el reciente anuncio del presidente Karzai acerca de su renuncia a cambiar la Constitución para asegurarse un tercer mandato es positivo. El presidente se evita de este modo las acusaciones de querer perpetuarse en el poder, lanzando un mensaje de apertura y normalización política tras sus mandatos en gran medida tutelados por la comunidad internacional. Esta decisión contribuirá al sentimiento de los afganos de tener un Gobierno nacional e independiente, atento únicamente a los intereses nacionales y en condiciones de igualdad respecto al conjunto de las naciones.

Desde luego pronosticar cuál puede ser el color o la tendencia del Gobierno tras la era Karzai es muy aventurado, pero las palabras del –hasta el asesinato de Rabbani– vicepresidente del Alto Consejo de Paz, Abdul Kamin Muyaheed, afirmando que la voluntad del pueblo afgano pasa por implantar un régimen basado jurídicamente en la aplicación de la *sharía* pero practicante de un islamismo moderado que no dañe a la comunidad internacional⁽²⁶⁾, puede proporcionar una imagen nítida de la realidad hacia la que puede derivar ese Estado afgano viable y razonablemente estable. No en vano esas palabras coinciden casi literalmente con las declaraciones realizadas por el líder del Consejo Nacional de Transición libio tras la toma de Trípoli días antes de recibir los parabienes de los más importantes líderes occidentales, con el primer ministro Cameron y el presidente Sarkozy a la cabeza.

En cualquier caso, si esa fuera la fórmula para la estabilidad del país no sería una mala noticia, ya que un Afganistán inestable y en cierto modo abandonado a su suerte supondría muy probablemente la vuelta del régimen talibán y el retorno de la amenaza a la seguridad regional e internacional, como advierte el embajador de los Estados Unidos, Ryan Crocker⁽²⁷⁾.

⁽²⁶⁾ BONET, Ethel, *La Razón*, 13 de septiembre de 2011.

⁽²⁷⁾ GRAHAM-HARRISON, Emma, *Agencia Reuters*, 5 de septiembre de 2011.

■ SITUACIÓN ACTUAL EN PAKISTÁN

En estos momentos Pakistán es uno de los países con una realidad nacional más compleja. Su permanente disputa con la India por el territorio de Cachemira, aunque en un momento de calma en comparación con épocas anteriores, no está cerrada en ningún caso y continúa muy hondamente enraizada tanto en los objetivos de su política exterior como en el sentir de la población. Se puede decir que en gran medida el conflicto indopakistaní ha sido la matriz en la que se ha gestado el sentimiento nacional de los pakistaníes.

A lo largo de toda su breve historia como Estado independiente las Fuerzas Armadas, y dentro de ellas el Ejército, que tiene el control de los servicios de inteligencia –el conocido ISI–, juega un papel esencial en el ser de Pakistán hasta el punto de controlar y desarrollar muchas de las funciones que en otras naciones son exclusivas de los Gobiernos, las empresas o el resto de instituciones.

Se puede decir que en numerosas ocasiones elementos del Ejército y sobre todo del ISI parecieran tener su propia agenda. Dentro de esta se encuentran las controvertidas relaciones entre el ISI y grupos islamistas radicales a los que ha utilizado durante décadas como herramientas de su acción exterior, así como elementos clave para desarrollar sus políticas nacionales en relación con el control de otros grupos, sobre todo en las regiones tribales del noroeste.

La actual fase en la que se encuentra el conflicto de Afganistán no ha variado estos parámetros tradicionales, sino que más bien ha provocado el contagio de esta situación a otras zonas limítrofes pakistaníes, lo que finalmente ha alarmado lo suficientemente al Gobierno. Por esta razón el presidente pakistaní, Asif Ali Zardari, ha abordado un paquete de iniciativas legislativas encaminadas a modificar la situación en las zonas tribales. Estas nuevas leyes persiguen el objetivo de incrementar el poder civil en dichas zonas, restándosele en consecuencia tanto a las milicias locales como al Ejército, pero todo hace pensar que el efecto de estas reformas será limitado, al menos a corto plazo, y que no tendrá una influencia apreciable en la frontera con Afganistán.

Se puede resumir la situación actual como la existencia de tensiones internas, protagonizadas por las principales instituciones, entre la continuación del uso utilitario de las milicias islamistas al servicio de la política exterior nacional y el temor a que parte de estas fuerzas se descontrolen y acaben teniendo el objetivo de destruir el Estado pakistaní tomando el poder. Es en este sentido en el que el almirante Muller, *Joint Chiefs Chairman*⁽²⁸⁾, ha acusado a Pakistán de apoyar a milicias islamistas aliadas de los talibanes como parte esencial de su estrategia nacional, mientras que el embajador americano en Kabul reconocía

⁽²⁸⁾ Jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor norteamericana.

en las mismas fechas una cierta cooperación del Gobierno pakistaní en busca de la estabilidad en Afganistán:

It's not like they're not cooperating at all⁽²⁹⁾.

Y es que precisamente esta actitud ambigua de Pakistán junto con las actuaciones norteamericanas en territorio pakistaní ha llevado a la relación entre ambos países al momento más tenso de su larga relación bilateral, a pesar de que la interdependencia actual entre Estados Unidos y Pakistán es muy fuerte, ya que la colaboración pakistaní es determinante para una feliz resolución del conflicto de Afganistán mientras que el apoyo norteamericano es imprescindible para la seguridad del Estado pakistaní.

Un ejemplo de las contrapartidas obtenidas por el Gobierno de Islamabad por su colaboración en la lucha contra Al Qaeda y el yihadismo internacional es la financiación norteamericana para uno de sus grandes proyectos nacionales, la presa de Daimir Bhasha en la Cachemira pakistaní. Esta participación necesaria estadounidense provoca, como no podía ser de otra manera, el rechazo de la India, por otra parte en excelentes relaciones con los Estados Unidos. Pero también provoca un debate político de gran calado en la ya iniciada campaña para la reelección del presidente Obama. La oposición republicana rechaza esta financiación al considerar que Pakistán obtiene demasiado a cambio de muy poco.

Sin embargo, para el presidente Obama se ha convertido en una especie de moneda de cambio para restablecer las muy maltrechas relaciones entre ambos países. En consecuencia, la continuidad o no del presidente demócrata puede ser determinante en las relaciones bilaterales de los próximos años. Lo cierto es que el análisis de qué postura se acerca más a la realidad no es fácil, por lo que se hace necesario reflexionar sobre los hechos que han llevado a la actual situación.

■ Punto de vista estadounidense

La actividad de Al Qaeda en Pakistán viene de muy lejos, época en la que se crean los vínculos que permitieron, tras el inicio de *Libertad Duradera* en 2001, que los líderes de la organización terrorista huyeran y encontraran refugio en territorio pakistaní.

En efecto, en 1986 Zaki ur Rehman Lakhvi y Hafiz Muhammad Said fundaron *Marzak al Dawa wal Irshad* (MDI) en la ciudad pakistaní de Lahore. Esta organización comenzó inmediatamente a proporcionar servicios sociales, haciendo uso de la táctica que tan buenos resultados ha dado a otros grupos como Hezbolá o Hamás, por ejemplo. Paralelamente y con un apoyo social creciente,

⁽²⁹⁾ MICHAELS, Jim, *USA Today*, 12 de septiembre de 2011.

creó una red de campos de entrenamiento de yihadistas internacionales que fue utilizada, entre otros grupos, por Al Qaeda.

A pesar de que la organización liderada por Bin Laden ya había atentado sangrientamente contra intereses norteamericanos en años anteriores, a lo largo de los años noventa la MDI y su creación El Lashkar et Taiba (LeT) –nacida en 1990 como rama «militar» del MDI– recibió presuntamente un importante apoyo del ISI al alcanzar el compromiso de no atacar al Estado pakistaní. La consecuencia de este apoyo fue que LeT alcanzó la capacidad para atacar objetivos indios más allá de Cachemira, en el propio corazón de la India, cosa que ha realizado desde entonces bajo el mando del propio Lakhvi.

Sin embargo, tras los atentados de Al Qaeda en Estados Unidos en septiembre de 2001, esta triple vinculación ISI-LeT-Al Qaeda fue juzgada como excesivamente arriesgada por las autoridades pakistaníes, por lo que procedieron a declarar la ilegalidad de LeT, que fue de algún modo disuelto por el Gobierno de Islamabad.

En estos momentos Estados Unidos considera que esa disolución fue en realidad una operación de maquillaje, mediante la cual LeT continuó operando, aunque atomizado en organizaciones más pequeñas y con distinto nombre. Serían en gran medida estas organizaciones islamistas las que estarían proporcionando armas, apoyo e incluso voluntarios a los talibanes, sin que le conste a Estados Unidos que se hayan desvinculado realmente del Estado pakistaní a través del ISI.

Esta creencia en la interconexión entre los diferentes grupos está apoyada por las evidencias recogidas acerca de la combinación de esfuerzos y efectivos que elementos de esta nebulosa yihadista practican para ejecutar operaciones importantes. Al mismo tiempo es la causa de que el presidente Karzai acuse abiertamente a Pakistán de apoyar hoy a los talibanes.

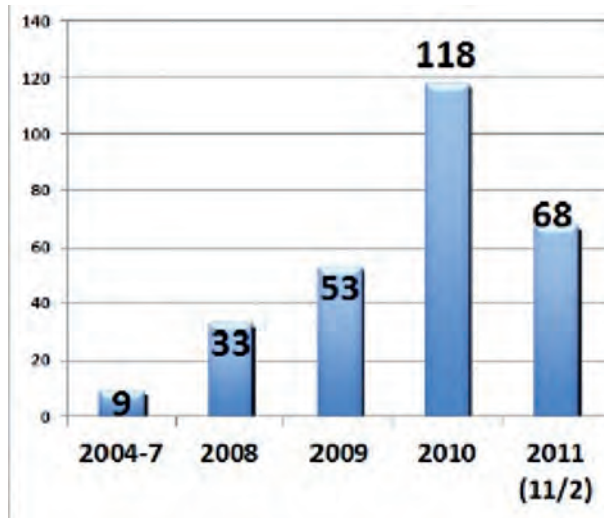
El término AFPAK fue creado por la anterior administración norteamericana precisamente como manifestación visible de la vinculación de la evolución del estado del conflicto en Afganistán con el apoyo recibido desde territorio pakistaní y de cómo, en gran manera, el éxito de la campaña pasa necesariamente por el control de la actuación de estas fuerzas desde el otro lado de la frontera y por el control férreo de esta por las autoridades pakistaníes. Y es que cada vez es mayor el convencimiento de que el escenario pakistaní es de mayor importancia que el afgano en la continuación de la guerra contra el terrorismo que Estados Unidos, aunque de forma verbalmente menos agresiva con la actual Administración, desarrolla a escala global.

Ante la imposibilidad de actuar sobre el terreno, más allá de la ayuda en materia de seguridad prestada a Pakistán y los escasos elementos relacionados

con tareas de inteligencia, la estrategia de Estados Unidos consiste en la amplia utilización de *raids* aéreos ejecutados por aviones no tripulados. Estos ataques, que se han intensificado notablemente desde 2008, son básicamente de dos tipos:

- *High value targets*. Su blanco son personas concretas, con un rango medio o alto en las distintas organizaciones yihadistas a las que se combate, a los que se podría calificar como «blancos VIP». Se realizan tras la identificación de la situación del objetivo mediante una combinación de obtención de inteligencia junto a la vigilancia constante por parte de los propios aviones no tripulados.
- *Signature strikes*. Estos ataques se producen en un intento de controlar la frontera entre ambos países, evitando el tránsito de combatientes, armas y suministros desde Pakistán hacia Afganistán. Sus blancos son por tanto el conjunto de los insurgentes que realiza este tránsito.

Gráfico 6: Ataques realizados mediante *drones* en territorio pakistani⁽³⁰⁾



Los ataques de esta naturaleza son uno de los principales motivos para la crisis diplomática entre Estados Unidos y Pakistán. Este pretende tener control sobre los ataques VIP y que los ataques a lo largo de la frontera se reduzcan en número, debido a que afectan también a milicias que están controladas y apoyadas por elementos estatales pakistaníes. En cambio, dentro de Estados Unidos crece la teoría de que son necesarios ataques cada vez más numerosos tanto para aprovechar el momento de debilidad de Al Qaeda como para obtener ventaja decisiva en Afganistán. El principal valedor de esta demanda es la CIA, que ve sin embargo como el Gobierno norteamericano se encuentra en una difícil situación ante las consecuencias políticas en su relación con el Gobierno pakistani. No

⁽³⁰⁾ Datos procedentes del informe «The year of the *drone*». New America Foundation.

es desde luego un tema de fácil solución, porque Pakistán exige un acuerdo que establezca claramente las condiciones y reglas de enfrentamiento de los ataques de los drones en su territorio, mientras que los norteamericanos temen verse seriamente limitados por estas reglas y, sobre todo, que la información facilitada previamente a Pakistán sea filtrada a elementos afines a los terroristas, disminuyendo así drásticamente las posibilidades de éxito, sobre todo en lo que se refiere a los blancos VIP. Sin duda esta peliaguda cuestión habrá estado sobre la mesa en la visita que la secretaria de Estado Clinton ha realizado el pasado mes de octubre de 2011 tanto a Afganistán como a Pakistán.

Pero, más aún que los ataques aéreos, ha sido la muerte de Bin Laden la circunstancia que más ha contribuido a envenenar la relación entre ambas naciones. La escalada de acusaciones mutuas ha sido inusualmente dura. Hasta tal punto que el anterior director de la CIA acusó abiertamente a Pakistán de ocultar a Bin Laden durante todos estos años, hecho que hay que recordar fue el invocado por Estados Unidos para atacar y derrocar el régimen talibán afgano. Como consecuencia las muestras de indignación al más alto nivel pakistaní han sido muy explícitas.

Quizás la medida de mayor impacto adoptada por Estados Unidos ha sido vincular directamente la ayuda económica que en materia de seguridad asigna a Pakistán con los resultados obtenidos sobre el terreno en este campo. Por decirlo de otro modo, se ha acabado el pago a cambio de lo que muchos en Estados Unidos consideran prácticamente nada.

En 2010 esta ayuda alcanzó una cifra total de 4,5 millardos de dólares, de los cuales 2,7 fueron dirigidos directamente a ayuda en seguridad. En estos momentos la Administración norteamericana exige avances tangibles en materias tan concretas como una mayor cooperación en la explotación de la información obtenida en la residencia de Bin Laden o la realización de misiones contraterroristas conjuntas, para lo que está liberando el dinero del presente año con cuentagotas y alternando momentos de pago con otras de retención de los fondos, en una indisimulada puesta en práctica de la conocida técnica del palo y la zanahoria.

En otra línea, tras los ataques sufridos en la embajada de Estados Unidos en Kabul, la Administración norteamericana ha incluido a la red Haqqani en el catálogo de organizaciones terroristas y ha declarado a sus miembros como objetivos lícitos, en un acto del que es plenamente consciente que le enfrenta a Pakistán aún más.

En definitiva, Estados Unidos trata de contribuir en lo posible a la buena marcha de la campaña afgana sin llegar a una ruptura con Pakistán, cosa por otra parte difícil ya que al menos durante un amplio espacio de tiempo la interdependencia de ambos países en el ámbito regional es evidente.

■ Punto de vista pakistaní

Quizás lo más complejo de cualquier análisis sobre este conflicto sea determinar cuál es la posición real de Pakistán o si realmente dispone de una sola visión. El gran poder que sus Fuerzas Armadas, sobre todo el Ejército, ha tenido y mantiene en la vida pública pakistaní, así como los intereses específicos del ISI, permiten suponer la inexistencia de una única perspectiva acerca del papel a jugar por Pakistán en el conflicto afgano.

Parece que el Gobierno pakistaní no olvida su antigua aspiración de controlar de algún modo Afganistán, evitando de este modo el cerco que India trata de tenderle mediante sus privilegiadas relaciones con el Gobierno afgano. Siempre el conflicto con la India por Cachemira presente en la vida nacional, Pakistán se encuentra en una situación nada envidiable. Necesita el apoyo de Estados Unidos, sobre todo en materia de seguridad, para apuntalar su posición regional ante la India, superior en todos los indicadores y con un reciente despegue hacia el estatus de potencia que está abriendo día a día la brecha que la separa en poder de Pakistán. Pero al mismo tiempo necesita no ser demasiado agresivo con el movimiento talibán y la pléyade de milicias islamistas y yihadistas que se encuentran basadas en su territorio, poblado por millones de habitantes cada vez más islamizados y cercanos a las interpretaciones más rigoristas del islamismo.

En esta incómoda disyuntiva un Afganistán en paz reforzaría el poder regional de India al mismo tiempo que volcaría todo el ímpetu del yihadismo más radical dentro de sus fronteras, que podría fácilmente situar al Gobierno de Islamabad como su objetivo prioritario, abriendo así un conflicto interno aún más violento que el que ya vive el país.

Porque lo cierto es que el número de extranjeros islamistas que combaten en Afganistán es bastante reducido. La mayoría de las infiltraciones desde Pakistán son de afganos refugiados, entrenados y armados allí, aunque es verdad que la presencia de combatientes extranjeros tiene un impacto político desproporcionado con su número. Al mismo tiempo los voluntarios extranjeros son vistos con mucho recelo en Pakistán, sobre todo debido a la frecuente infiltración de agentes e informadores de los servicios secretos presentes en la zona. Consecuentemente su papel entre los activistas locales es cada vez menor, sin excluir en esta apreciación a Al Qaeda.

A pesar de la utilización de milicias islamistas para controlar y contrarrestar a otras más radicalizadas o incontrolables, Pakistán tiene razones para temer la salida de Estados Unidos de la región, si es que esta se llegara a producir totalmente. Sin embargo, actualmente presiona tanto al Gobierno afgano como a la Administración norteamericana para que esta circunstancia se haga realidad a partir de 2015, en una actitud que solo puede responder a una excesiva

confianza en su capacidad para controlar a las milicias islamistas o bien en una declaración más para consumo interno de su población que producto de una voluntad política.

En la misma línea de halago a la opinión pública pakistaní, el presidente afgano Karzai aseguró que en caso de una guerra entre Estados Unidos y Pakistán el pueblo afgano estaría junto a sus hermanos pakistaníes⁽³¹⁾, así como en cualquier futuro conflicto con la India, cuando apenas unas semanas antes acusaba abiertamente al Gobierno de Islamabad de apoyar a los talibanes y de firmar un acuerdo estratégico con la India.

Entonces, ¿cuánto hay de verdad y cuánto de consumo interno en la actual crisis de las relaciones entre Estados Unidos y Pakistán? No solo, como se ha comentado, en Pakistán, sino también en Estados Unidos, donde la intención de voto para la reelección del presidente Obama no se encuentra precisamente en su mejor momento.

Sin embargo sería demasiado cínico no reconocer que hay razones objetivas para esta situación de tensión. Además, no superado pero sí más alejado en el tiempo el cénit de la crisis tras la operación que acabó con la vida de Bin Laden, Pakistán teme la repetición de la fórmula en caso de que haya una localización positiva de Al Zawahiri, provocando una reacción aún más airada de su propia población.

Entre tanto, del mismo modo que Estados Unidos, Pakistán presiona a aquel usando las herramientas a su alcance. En este sentido, el permiso concedido a China para la inspección del helicóptero siniestrado en el ataque a la residencia de Bin Laden en Abbotabad adquiere un significado simbólico intenso, al advertir a la Administración norteamericana sobre la posibilidad de apoyarse en la gran potencia regional emergente, sustituyendo la influencia americana en el país por la china. Ante lo que cabe preguntarse si el patronazgo chino sería tan comprensivo con Pakistán en sus vinculaciones con determinadas milicias islamistas susceptibles de mantener lazos ideológicos y operativos con la disidencia uigur en Xinjiang.

Más tangibles son las posturas pakistaníes tendentes a obligar a Estados Unidos a alcanzar un acuerdo acerca de las misiones de ataque de los aviones no tripulados o el número de militares americanos estacionados permanentemente en Pakistán, de los que parece que se va a producir una reducción significativa en los próximos meses.

Y más allá existen dos puntos concretos en los que la presión pakistaní sobre Estados Unidos constituye sin duda una baza importante en manos de Islamabad. El primero es la regulación voluntaria que el Ejército puede ejercer sobre la frontera con Afganistán, contribuyendo así al incremento o la

⁽³¹⁾ RIVERA, Ray, *The New York Times*, 23 de octubre de 2011.

disminución del tránsito de insurgentes y material que operan en Afganistán y se refugian temporalmente en Pakistán. Evidentemente, los peores momentos de la crisis diplomática no han favorecido la intensificación de esfuerzos en dicho control de la frontera.

El segundo es la capacidad que Pakistán puede tener para limitar la capacidad de movimiento de los negociadores talibanes. A pesar de que el asesinato de Rabbani ha marcado un paréntesis en dichas negociaciones, no cabe duda de que es la única opción con perspectivas positivas de futuro, por lo que muy discretamente deben seguir realizándose a la espera de un momento más idóneo para su puesta en la escena pública. En ese momento la inmovilización en Pakistán de los negociadores designados al más alto nivel del Consejo Talibán supondría de hecho un boicot a la negociación.

En cualquier caso, y ante la interdependencia ya comentada entre ambas naciones en la feliz resolución de los conflictos de Afganistán y de Pakistán, el cruce de acusaciones que se han intercambiado debe ceder el paso a una normalización razonable. El extremo alcanzado por el almirante Mullen acusando abiertamente a Pakistán de estar tras los atentados que se han dirigido contra blancos específicamente norteamericanos como la embajada de Estados Unidos en Kabul⁽³²⁾ o por la televisión pakistaní, evidentemente dirigida por elementos estatales, alentando a la población a prepararse para rechazar una invasión norteamericana presumiblemente de las zonas del noroeste fronterizo del país⁽³³⁾, son difícilmente tolerables y sostenibles entre dos naciones aliadas. Además, contribuyen a un empeoramiento de las relaciones entre Afganistán y Pakistán, a través de las cuales se han producido acusaciones afganas acerca del bombardeo artillero pakistaní continuado durante varios días contra las provincias afganas de Kunar y Nuristán⁽³⁴⁾, además de la advertencia de la intervención del ANA en caso de que estos ataques continúen.

Es de esperar que la situación se reconduzca porque ni Estados Unidos ni Pakistán ni Afganistán se pueden permitir el empeoramiento de una situación ya por sí compleja, pero que tiene en Pakistán posiblemente más que en ninguna otra parte la llave, si no de la solución, si al menos de una cierta estabilización.

■ PERSPECTIVA REGIONAL

■ Proyección del yihadismo desde AFPK

Aunque, como es bien sabido, tras los continuos mazazos sufridos en los últimos meses, hay controversia sobre el papel que la dirección de Al

⁽³²⁾ BUMILLER, Elisabeth, *The New York Times*, 22 de septiembre de 2011.

⁽³³⁾ ZUBEIRI, Sami, Agencia AFP, 19 de octubre de 2011.

⁽³⁴⁾ Ministro de Defensa de Afganistán, *USA Today*, 25 de septiembre de 2011.

Qaeda juega en estos momentos en el ámbito del yihadismo regional e internacional, la marginación de esta reducida cúpula parece cada vez mayor en Pakistán. Las medidas adoptadas, tanto en lo referente a movimientos de personas como de capitales, han reducido su capacidad para organizar y ejecutar operaciones de gran calado, aunque esto no supone en modo alguno la negación de la posibilidad de actuación, sobre todo si dichas medidas llegaran a relajarse en algún momento.

En consecuencia, el yihadismo global tiene más capacidad para atacar en las áreas de principal implantación de sus militantes, como es el caso de Afganistán, Pakistán, Somalia, Yemen, el área del Sahel, etc., que en los países occidentales. Esto obliga a una especial atención a la seguridad de las personas que, perteneciendo a naciones occidentales, se encuentran por algún motivo en las citadas zonas primarias de operación de estos grupos. Los recientes casos de secuestros de cooperantes españoles, franceses o italianos en el Sahel o Somalia parecen confirmar esta estrategia yihadista.

En la misma línea, y principalmente debido a los controles financieros practicados por la mayoría de los países, Al Qaeda tiene cada vez menos posibilidad de organizar grupos operativos similares a los infiltrados en Estados Unidos con ocasión de los atentados del 11-S. Por tanto el riesgo principal se encuentra en estos momentos en la radicalización y actuación de los yihadistas en sus propios países de origen, donde son más útiles que en Afganistán o Pakistán tras aventurados viajes. De ahí que la presencia de combatientes extranjeros en la insurgencia afgana o en el noroeste pakistaní sea testimonial, sin que exista paralelismo alguno con la situación vivida en Irak en su momento.

Las distintas franquicias de LeT, que posiblemente puedan ser en la actualidad los grupos con más capacidad para realizar atentados de cierta envergadura, han fracasado en sus intentos en Virginia, Australia y Francia, pero demuestran su voluntad de incorporarse al yihadismo internacional más allá de sus habituales acciones en Cachemira o la propia India mientras Zakimur Rehman Lakhvi, el que fuera jefe militar de LeT, espera juicio por los atentados de Bombay.

Sin embargo, a pesar de la visión moderadamente optimista de los párrafos anteriores, no cabe duda de que los principales focos del yihadismo internacional se continúan situando en Afganistán y Pakistán –más en este segundo–, por lo que, a pesar de la reducción de tropas y esfuerzos proyectada por las naciones occidentales, la atención y presión sobre la zona debe de mantenerse, así que la mejora de las relaciones entre los Gobiernos de Estados Unidos y Pakistán y su capacidad para avanzar en confianza y cooperación serán determinantes en los próximos años.

■ **Influencia de las potencias regionales**

La reducción de la presencia occidental en Afganistán, junto posiblemente al distanciamiento sufrido por Pakistán y Estados Unidos, abre la puerta a un reposicionamiento de las potencias regionales en el área estudiada. Tradicionales influencias como la iraní en el oeste afgano, sobre todo focalizada en las etnias tayika y hazara, nunca han desaparecido, aunque se han visto disminuidas por la súbita presencia de decenas de miles de extranjeros, nunca antes experimentada en tal magnitud. Muy probablemente retomarán su habitual cauce, fortalecidas por el probable retorno de cientos de miles de afganos aún residentes en los países limítrofes.

Un Afganistán estable y pacificado incrementará las perspectivas de negocio en el país para Irán y las repúblicas exsoviéticas centroasiáticas, sobre todo con la perspectiva del tendido de conducciones de gas y petróleo que permitan diversificar sus clientes y ahorrar costes de transporte. Además contribuirá a mantener a sus propios extremistas religiosos controlados, sin el apoyo moral y material que un triunfo de sus acólitos en Afganistán supondría, lo que a su vez tendrá una influencia positiva en Rusia, víctima también del yihadismo y con una alta proporción de población musulmana potencialmente sensible a los mensajes yihadistas.

En cambio, el futuro trazado de conducciones de hidrocarburos en Afganistán y Pakistán puede ir contra los intereses rusos por monopolizar estos tránsitos hacia Europa Occidental, por lo que Rusia intentará hacer valer su poder en las repúblicas exsoviéticas para intervenir de algún modo en este proyecto que solo una resolución feliz del conflicto afgano haría posible.

La nueva red de influencias establecidas por muchas naciones occidentales como consecuencia del conflicto se verán probablemente debilitadas al finalizar la reducción de tropas prevista, aunque se prolongarán parcialmente mediante la continuación de los proyectos de cooperación y desarrollo, con la excepción norteamericana, cuya presencia en Afganistán se prolongará de un modo más intenso con la presencia de un considerable núcleo militar del que destacará muy probablemente un contingente aéreo capaz de inclinar la balanza de cualquier combate entre las ANSF y la insurgencia. A esto hay que sumar la cierta interdependencia ya comentada con la Administración pakistaní.

Pero probablemente los principales cambios en el equilibrio de poder regional estén orientados al aumento de influencia, ya de por sí considerable, de China e India. Ambas superpotencias a escala regional van a desplazar a un Occidente en serios aprietos financieros que, inevitablemente, ha comenzado un proceso de contracción estratégica que posiblemente sea capaz de mantener la prioridad de la lucha contraterrorista potencialmente originada en la región,

pero que cederá otros muchos campos de la actividad económica y la influencia política a China e India, aunque la presencia de ambas potencias posiblemente no sea equivalente en Afganistán y Pakistán, ya que la sempiterna presencia del conflicto indopakistaní orientará preferentemente la influencia india a Afganistán y la china a Pakistán, sin que esta última vaya a dejar de estar presente en Afganistán también.

De hecho las inversiones chinas en este castigado país son ya muy importantes, sobre todo, como no podía ser de otro modo, orientadas a la explotación de los recursos naturales afganos conocidos o por descubrir. Es posible en este sentido un escenario futuro donde la influencia india sea de gran peso en la política afgana mientras los intercambios comerciales sean mayores con China, pero la relación de poder final entre ambas potencias en relación con Afganistán está por determinar.

En el caso pakistaní la no injerencia china en asuntos religiosos y la confrontación histórica con la India deja al Gobierno de Pekín en una posición excelente para llenar el vacío que la progresiva reducción de la presencia occidental en la zona va a dejar, dejando así la imagen de un escenario regional más orientado como muy probable.

■ CONCLUSIONES Y PERSPECTIVA

Los conflictos de Afganistán y Pakistán son dos distintos, aunque con grandes interactuaciones mutuas, hasta el punto de que la solución a la estabilidad afgana se encuentra probablemente más en Pakistán que en el propio Afganistán.

En este país el cansancio de las naciones con mayor presencia es demasiado obvio. La crisis económica y el hastío de la opinión pública ante una campaña tan larga son demasiado evidentes, por lo que los líderes talibanes pueden explotar esta circunstancia en su favor. Sin embargo, los avances realizados contra la insurgencia en las últimas fases de la campaña son notables, de tal modo que también se observa cansancio y desmoralización en el bando talibán, por lo que la posibilidad de una salida negociada al conflicto es cada vez mayor.

Paralelamente el principal esfuerzo aliado se centra actualmente en la Misión OTAN de Entrenamiento en Afganistán, que va a posibilitar la casi total *afganización* del conflicto a finales de 2014. El proceso de traslado de las responsabilidades de seguridad de las tropas internacionales a las ANSF avanza rápidamente, como demuestra la anunciada transferencia de 17 provincias más en breves fechas. Sin embargo, la necesidad de abaratar el coste del entrenamiento y equipación de las ANSF, así como la preocupación acerca de la capacidad del Gobierno afgano y sus fuerzas de seguridad por realizar un control eficaz del territorio, hace que las

dudas sobre el resultado final del proceso no se hayan despejado totalmente. En este sentido se enmarca el programa de creación de milicias locales que puedan asumir el papel de las ANSF en localizaciones específicas.

La retirada paulatina de la mayor parte de las tropas extranjeras en Afganistán ha comenzado ya, sumándose España a este repliegue a partir de enero de 2012, año en el que el repliegue será ya muy intenso. A partir de finales de 2014 solo permanecerá en el país un núcleo reducido de tropas extranjeras bajo una fórmula por definir, aunque se barrunta la presencia permanente de un fuerte contingente aéreo.

Coincidiendo con el inicio del repliegue y el proceso de transición, la estrategia insurgente se ha centrado en la realización de ataques de gran impacto mediático a objetivos de alta relevancia, pues su fin es demostrar la incapacidad de las ANSF para hacerse con la responsabilidad de la seguridad. También probablemente buscan aparentar fortaleza ante la negociación que se abre en estos momentos, negando la imagen de debilidad relativa que las últimas operaciones militares han creado.

En cualquier caso, parece establecerse en ambos bandos el convencimiento de la imposibilidad de una victoria militar y la necesidad, por tanto, de alcanzar un acuerdo político. Para alcanzarlo es imprescindible la reconciliación entre los afganos, lo que pasa inevitablemente por la negociación política.

Dicha negociación debe dar paso a un país cuya viabilidad está amenazada por una economía débil y el temor a una nueva guerra civil. Estas debilidades tienen que ser superadas por el inicio de la explotación de los recursos naturales del territorio, por la existencia de unas ANFS eficaces y por un Gobierno que sea capaz de poner límite a la corrupción, además de la ayuda internacional que ha de prolongarse aún muchos años.

En lo que respecta a Pakistán, cada vez es mayor el convencimiento de que este escenario es hoy el principal en la continuación de la guerra contra el terrorismo internacional yihadista. Por esa razón Estados Unidos ha incrementado el apoyo financiero al Gobierno pakistaní en materia de seguridad mientras que lleva a cabo una intensa campaña de acoso y neutralización de los líderes y activistas talibanes y sus aliados mediante el uso de *drones*. Pero tanto estas actuaciones norteamericanas en territorio pakistaní como la ambigua actitud de Pakistán respecto a ciertos grupos islamistas y yihadistas han llevado a la relación entre ambos países a un momento de máxima tensión.

Pakistán pretende controlar los ataques mediante *drones* que se producen en su territorio, ya que afectan también a milicias apoyadas por elementos estatales pakistaníes, pero ha sido la forma en la que se desarrolló la operación que

ocasionó la muerte de Bin Laden la circunstancia que más ha contribuido a estropear la relación entre ambas Administraciones. Por parte norteamericana hay serias dudas sobre la autenticidad de los deseos de algunos elementos pakistaníes acerca de la feliz resolución del conflicto afgano, porque observa como en ciertas ocasiones elementos del Ejército y del ISI parecen tener intereses propios ajenos al Gobierno de Islamabad.

Este se debate entre la continuación del uso de ciertas milicias islamistas al servicio de la política exterior nacional y el temor a que parte de estas fuerzas acaben tomando como objetivo la destrucción del Estado pakistaní y la asunción del poder político en el país. Por tanto Pakistán tiene razones objetivas para temer la salida de Estados Unidos de la región, aunque aparentemente presiona tanto al Gobierno afgano como a la Administración norteamericana para que esta salida se verifique totalmente en 2015, en lo que se antoja como una excesiva confianza en su capacidad para controlar a las milicias islamistas en su propio territorio, a pesar de que reconoce la amenaza yihadista procedente de las regiones tribales como la mayor amenaza actual a la seguridad de Pakistán.

En definitiva, y por interés mutuo, el cruce de acusaciones que se han intercambiado Pakistán y Estados Unidos debe cesar hasta donde sea posible, porque los principales focos del yihadismo internacional se continúan situando en Afganistán y Pakistán y la presión sobre estos grupos debe mantenerse. Sin esta presión será inviable un Afganistán estable, con riesgo de un retorno del régimen talibán y de la amenaza a la seguridad regional e internacional.

Por último, y desde una perspectiva regional, cabe señalar que la India y Pekín se encuentran en una posición privilegiada para llenar el vacío que la reducción de la presencia occidental en la zona va a dejar. La presencia india en Afganistán junto al innegable interés chino, principalmente orientado hacia los recursos naturales de ambos países, es la mayor esperanza de la economía afgana y de la progresiva independencia económica pakistaní.

■ BIBLIOGRAFÍA

HAKAMI, Azizurahman, *La tragedia afgana en el marco de la geopolítica mundial*, Boletín de Información del CESEDEN n.º 319, agosto de 2011, Madrid, Publicaciones de Defensa.

DEPARTMENT OF DEFENSE OF THE UNITED STATES, *Report on progress toward security and stability in Afghanistan*, abril 2011.

EISENHOWER STUDY GROUP, *The costs of war*, junio de 2011, Providence, Watson Institute for International Studies.

- FAIR, C. Christine, *Lashkar et tayiba and the Pakistani State*, Survival, agosto-septiembre de 2011, Washington, The international Institute for Strategic Studies.
- JONES, Seth G., *The terrorist threat from Pakistan*, Survival, agosto-septiembre de 2011, Washington, The international Institute for Strategic Studies.
- MENDELSON, Barak, *Foreign fighters-recent trends*, Orbis, primavera de 2011, Philadelphia, Foreign Policy Research Institute.
- NEW AMERICA FOUNDATION, *The Year of the Drone*, enero de 2011, <http://counterterrorism.newamerica.net/drones>.
- NOONAN, Sean, STEWARD, Scott, *The evolution of a Pakistani militant network*, Stratfor, <http://www.stratfor.com/print/201974>.
- RUBIO GONZÁLEZ, David, *La insurgencia afgana y el Emirato Islámico de Afganistán. ¿Conocemos realmente al enemigo?*, Boletín de Información del CESEDEN n.º 318, julio de 2011, Madrid, Publicaciones de Defensa.
- SEKUNDA, N., WARRY, J., *Alexander the Great, his armies and campaigns*, Londres, Osprey Publishing, 1998.